

Las mesas de diálogo y la prevención de conflictos

Es preocupante que, según el último informe de la Defensoría del Pueblo, los conflictos sociales hayan aumentado a 177 y, de estos, 126 permanezcan activos. Esto quiere decir que algo no está funcionando, a pesar de las alertas, lo que obliga al Gobierno a reevaluar el tema para encontrar soluciones viables y efectivas.

Antes que nada, hay que descartar la eventual participación de grupos radicales e ideologizados interesados en promover la desestabilización del régimen democrático. Urge aquí una fina labor de inteligencia policial para detectarlos y denunciarlos ante las entidades fiscales y judiciales pertinentes, que deben sancionarlos con todo el peso de la ley.

El Gobierno ha sido elegido precisamente para garantizar el orden constitucional, el respeto a la ley y la paz social en el Estado de derecho. Le corresponde, así, defenderlo ante los embates de quienes desconocen su legitimidad y autoridad y, peor aun, usan métodos violentos para intentar destruirlo.

Fuera de ello, es evidente que hay una serie de conflictos que tienen cierta explicación y reclaman salidas legales y legítimas. Pero, como hemos señalado reiteradamente, la 'política del bombero' es muy nociva, por cuanto demanda la reacción de las más altas autoridades del Gobierno a última hora, cuando se ha llegado a un grave punto de confrontación con enormes daños a la paz social y la economía. El caso del canon que enfrenta a Moquegua y Tacna es revelador.

Según el reporte de la Defensoría, 83 casos (el 48% del total) están vinculados a la actividad minera y otros 27 nacen del descontento de la población con sus autoridades locales, sobre todo en regiones pobres o altoandinas.

En cuanto a lo primero, como ha señalado el presidente Alan García, hay que distinguir entre las buenas empresas mineras con políticas de responsabilidad social y ambiental; y las otras que hacen tabla rasa de la ley, que deben ser sancionadas. El Perú promueve la inversión sí, pero siempre que sea responsable y acorde con los objetivos de cuidado del ecosistema, el desarrollo de los pueblos y la inclusión social.

La Defensoría alerta. La PCM debe convocar a ministerios, técnicos y la sociedad civil para institucionalizar las mesas de diálogo

En lo que se refiere a desencuentros con autoridades, principalmente alcaldes, las causas son de diverso tipo. Primeramente, hay que modificar la ley, de modo que se eleve la valla para elegir a dichas autoridades e implantar la segunda vuelta, para evitar que algunos resulten elegidos con menos del 20%, lo que es algo absurdo que merma su legitimidad. Luego, debe promoverse la conciencia cívica en la población así como el mayor conocimiento de los usos y mecanismos

democráticos. Hay que hacer entender a la población que así como tiene el derecho de elegir, las reglas de juego democráticas exigen también respetar el mandato y rechazan el uso de la violencia para patear el tablero a la primera ocasión.

En cualquier caso, hay dos cuestiones de fondo que deben quedar muy claras. Lo primero es que no se puede achacar la culpa de todos los problemas al Gobierno Central, como de modo facilista lo hacen algunos alcaldes y presidentes regionales, que tienen que asumir su responsabilidad primaria.

Luego, hay que rescatar y ponderar en toda su dimensión la utilidad de las mesas de diálogo en la resolución de problemas. Considerando la naturaleza de los problemas y mientras se consolida el Ministerio del Ambiente con sus mecanismos de arbitraje, tienen que institucionalizarse las mesas de diálogo para resolver problemas mineros o ambientales.

La defensoría cumple con alertar. Corresponde ahora a la PCM y su Unidad de Prevención de Conflictos convocar a los representantes de ministerios, entidades técnicas y la sociedad civil, para trabajar de modo coordinado y permanente en la evaluación de conflictos, así como en diseñar mecanismos para prevenirlos, mitigarlos y evitar su resurgimiento.

De lo que se trata, finalmente, es de defender el imperio del orden y de la ley, pero al mismo tiempo de institucionalizar los mecanismos de diálogo para resolver los problemas sociales antes de que exploten de modo violentista. ■

PIEDRA DE TOQUE

Tiburones en formol

Mario Vargas Llosa
Escritor



© Mario Vargas Llosa, 2008.
© Diario "El País", SL/ Mario Vargas Llosa. Prisma.com.
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

El más prominente de los llamados Young British Artists, Damien Hirst (ya no tan joven, pues tiene 43 años), subastó hace algunos días en Sotheby's, en Londres, 223 obras suyas y la subasta le deparó, en un par de días, 198 millones de dólares, la más alta cifra alcanzada en un remate consagrado a un artista único. El acto fue precedido por un gran fuego de artificio publicitario, pues era la primera vez que un pintor vivo ofrecía sus obras al público a través de una casa de subastas para librarse de pagar las comisiones que cobran las galerías y los 'marchands'. Y fue seguido por otro torneo no menos ruidoso de sensacionalismo mediático cuando se reveló que varios amigos de Hirst, entre ellos su galerista neoyorquino, habían participado en la puja para inflar los precios de los cuadros.

Más interesante que esta noticia, y que, por ejemplo, saber que gracias a su exitosa subasta Damien Hirst ha inyectado un buen puñado de millones a su fortuna personal calculada en unos mil millones de dólares, es el hecho de que, a raíz del remate de Sotheby's, muchos críticos que habían contribuido con sus elogios desmedidos a cimentar el prestigio de Hirst como uno de los más audaces artistas modernos comienzan ahora a preguntarse si el ex delincuente juvenil y exhibicionista impenitente—cuando yo vivía en Londres hizo mucha alharaca que posara ante la prensa con un cigarrillo colgado en el pene—tiene en verdad algún talento o es solamente un embaucador de formidable vuelo.

La más severa descarga contra él procede de Robert Hughes, uno de los raros críticos contemporáneos que, hay que recordarlo, en sus columnas de arte de "Time Magazine" no participó nunca del papanatismo de sus colegas que convirtió a Hirst en un ícono del arte moderno. Hughes, indignado con lo ocurrido, describe así la subasta de Sotheby's: "Lo único especial en este episodio es la total desproporción entre los precios alcanzados y su talento real. Hirst es básicamente un pirata y su destreza consiste en haber conseguido en-



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

“Yo estoy convencido de que las mariposas muertas, los frascos farmacéuticos y los animales disecados de Hirst no tienen nada que ver con el arte, la belleza o la inteligencia.”

ganar a tanta gente en el mundo del arte, desde funcionarios de museo como Nicholas Serota, de la Tate Gallery, hasta millonarios neoyorquinos del negocio de inmuebles, haciéndoles creer que es un artista original y que son importantes sus 'ideas'. Su único mérito artístico es su capacidad manipuladora" (La traducción es mía). Hughes se burla con ferocidad de las interpretaciones seudoreligiosas y seudofilosóficas que han dado los críticos a los animales preservados en formol en recipientes de vidrio, como el célebre tiburón por el que un especulador de Wall Street, Steve Cohen, pagó 12 millones de dólares, creyendo por lo visto que el adefesio que compró es algo así como una hipóstasis artística de la violencia y la vida. Hughes recuerda que, en su Australia natal, él ha visto muchos tiburones, "una de las más bellas

criaturas de la creación", y que toda aquella palabrería teórica para ensalzar un mamarracho al que el esnobismo imperante en el mundo del arte valoriza en semejante astronómica suma de dinero, es una "descarada obscenidad". Y afirma que, otra de las bullangueras realizaciones de Hirst, su famosa calavera intrastada de diamantes, dice menos sobre la muerte y la religión que los esqueletos de azúcar y de mazapán que se fabrican por millones en los mercados de México en el día de los muertos.

Hirst fue lanzado al estrellato como artista por un afortunado publicista británico, Charles Saatchi, que, en los años noventa, se inventó a los Young British Artists—entre ellos, además de Hirst, Chris Ofili, Jack y Dinos Chapman y Mat Collishaw—, quienes supuestamente estaban renovando de manera raigal la

pintura y la escultura modernas con una imaginación desalada e irreverente y con técnicas novísimas. La campaña de Saatchi tuvo éxito total, críticos y galerías se sumaron a ella y en muy poco tiempo ese grupo de ilusionistas plásticos había alcanzado la celebridad y precios elevadísimos para sus obras. Llegaron incluso a la tradicional Royal Academy que, en 1997, les abrió las puertas con una exposición dedicada a todo el grupo. Yo fui a verla y, ante lo que me pareció una payasada de mal gusto, dejé testimonio de mi decepción en un artículo, "Caca de elefante", que me mereció algunas protestas.

La verdad es que no hay que sorprenderse de lo ocurrido con Hirst y su operación especulativa en Sotheby's. El arte moderno es un gran carnaval en el que todo anda revuelto, el talento y la pilletería, lo genuino y lo falso, los crea-

dores y los payasos. Y—esto es lo más grave—no hay manera de discriminar, de separar la escoria vil del puro metal. Porque todos los patrones tradicionales, los cánones o tablas de valores que existían a partir de ciertos consensos estéticos, han ido siendo derribados por una beligerante vanguardia que, a la postre, ha sustituido aquello que consideraba añoso, académico, conformista, retrógrado y burgués por una amalgama confusa donde los extremos se equivalen: todo vale y nada vale. Y, precisamente porque no haya denominadores comunes estéticos que permitan distinguir lo bello de lo feo, lo audaz de lo trillado, el producto auténtico del postizo, el éxito de un artista ya no dependa de sus propios méritos artísticos sino de factores tan ajenos al arte como sus aptitudes histrionicas y los escándalos y espectáculos que sea capaz de generar o de las manipulaciones mafiosas de galeristas, coleccionistas y 'marchands' y la ingenuidad de un público extraviado y sometido.

Yo estoy convencido de que las mariposas muertas, los frascos farmacéuticos y los animales disecados de Hirst no tienen nada que ver con el arte, la belleza, la inteligencia, ni siquiera con la destreza artesanal—entre otras cosas porque él ni siquiera trabaja esas obras que fabrican los 120 artesanos que, según leo en su biografía, trabajan en su taller—pero no tengo manera alguna de demostrarlo. Como tampoco podría ninguno de sus admiradores probar que sus obras son originales, profundas y portadoras de emociones estéticas.

Como hemos renunciado a los cánones y a las tablas de valores en el dominio del arte, en este no hay otro criterio vigente que el de los precios de las obras de arte en el mercado, un mercado, digamos de inmediato, susceptible de ser manipulado, inflando y desinflando a un artista, en función de los intereses invertidos en él. Ese proceso explica que uno de esos productos ridículos que salen de los talleres de Damien Hirst llegue a valorizarse en doce millones de dólares. ¿Pero, es menos disparatado que se pague 33 millones de dólares por una pintura de Lucien Freud y 86 millones por un tríptico de Francis Bacon, por más que en este caso se trate de genuinos creadores, como hizo el millonario ruso Roman Abramovich en una subasta en Nueva York el pasado mayo?

El otro criterio para juzgar al arte de nuestros días es el del pu-

ro subjetivismo, el derecho que tiene cada cual de decidir, por sí mismo, de acuerdo con sus gustos y disgustos, si aquel cuadro, escultura o instalación es magnífica, buena, regular, mala o malísima. Desde mi punto de vista, la única forma de salir de la bebestia en la que nos hemos metido por nuestra generosa disposición a alentar la demolición de todas las certidumbres y valores estéticos por las vanguardias de los últimos ochenta años es propagar aquel subjetivismo y exhortar al público que todavía no ha renunciado a ver arte moderno a emanciparse de la frivolidad y la tolerancia con las fraudulentas operaciones que imponen valores y falsos valores por igual, tratando de juzgar por cuenta propia, en contra las modas y consignas, y afirmando que un cuadro, una exposición, un artista, le gusta o no le gusta, pero de verdad, no porque haya oído y leído que deba ser así. De esta manera, tal vez, poco a poco, apoyado y asesorado por los críticos y artistas que se atreven a rebelarse contra las bravatas y desplantes que la civilización del espectáculo exige a sus ídolos, vuelva a surgir un esquema de valores que permita al público, como antaño, discernir, desde la autenticidad de lo sentido y vivido, lo que es el arte verdaderamente creativo de nuestro tiempo y lo que no es más que simulacro o mojiganga.

Será un largo proceso, y por eso sería conveniente que comenzara cuanto antes, porque el arte tiene una función central que cumplir dentro de la cultura de una época, es un centro neurálgico de la vida espiritual de una comunidad, una fuente de solaz y de goce, de enseñanzas para depurar las imperfecciones de que está hecha la rutina cotidiana y un guía que constantemente señala unas formas ideales de ser, de amar, de vivir y hasta de morir. Por eso el arte no puede quedar secuestrado por unas minorías insignificantes de pitonisas, bufones y negociantes, cortado casi totalmente de ese barro nutricional que es la colectividad, de la que todo gran arte ha extraído siempre su energía y su materia prima a la vez que a ella devolvía unas formas y unos modelos que ennoblecían sus deseos y sus sueños. Solo si el arte recupera su libertad y se emancipa de esos grupúsculos de esnobes, frívolos y especuladores entre los que ha quedado confinado, nos libraremos de los Damien Hirst. ■